

gración de lo humano en la vida ardiente" (pág. 154, ed. de 1956); ahora, y a propósito de Paz, generaliza así:

Con los poetas de nuestro tiempo hemos entrado en el reino de la poesía brusca, de una poesía no charlatana, que siempre quiere vivir en las palabras primeras" (pág. 76).

Esto nos confirma algo que siempre hemos creído: la subterránea afinidad que existe entre los ensayos del profesor francés y el nivel de percepción en que se sitúa nuestra más vibrante poesía americana. Ambas se hermanan en su común *pathos* de repristinación, en su intención de magnificar las experiencias primigenias.

Los ensayos de Bachelard testimonian a cada momento nuestra antigua filiación en el regazo elemental del cosmos. No sin motivo la primitiva sicología formuló su clasificación de los temperamentos sobre la base de la combinación de elementos, en una suerte de química profunda de las energías síquicas. Y son los poetas americanos quienes verifican particularmente esa armonía olvidada del alma y de la totalidad del ser, la Unidad originaria.

JAIME CONCHA

GUILLERMO BLANCO: GRACIA Y EL FORASTERO. Novela. Santiago, Zig-Zag, 1965.

Bienvenido sea el premio establecido por la Academia Chilena de la Lengua, destinado al autor que cada año publique la obra literaria mejor escrita. Y no porque en nuestro medio falten estímulos precisamente sino, esta vez, por la particular naturaleza del nuevo galardón.

La narrativa chilena de los últimos años exhibe no ya abundantes fallas estilísticas sino un sincero y fervoroso desprecio por el idioma. La *sensibilidad ante las palabras* parece que en nuestros autores estuviera racionada. Hay evidentemente varios de ellos que tienen mucho que decir, pero por desventura no saben decirlo. Les faltan palabras, o, con más frecuencia, les sobran al extremo de hacer con ellas verdaderas emisiones inorgánicas.

Por suerte, al acierto de la Academia de crear este premio, hay que añadir otro: la elección del escritor para que lo reciba por primera vez: Guillermo Blanco, por su obra *Gracia y el Forastero*, editada por Zig-Zag. Esta novela, paradójicamente, ha tenido un éxito de venta en proporción inversa a la atención que le ha merecido a críticos y comentaristas, circunstancia que debiera hacer meditar a tanto autor de poca frente empeñado, más que en escribir bien, en que le aplaudan a tres columnas.

El éxito de *Gracia y el Forastero* ante los lectores innominados, esos

que no debiera desestimar ningún escritor, radica, a nuestro juicio, en que es una real novela de amor. En apariencia, toda una rareza en esta época tan materialista, y no ciertamente porque el amor haya desaparecido sino porque ahora se lo oculta de mil maneras, cual si se tratara de una antigualla. De ahí precisamente que en las novelas de la última década, la mayoría escrita por autores expertos en superficies, ese sentimiento haya sido sustituido, sin más, por el sexo, equívoco que, por otra parte, induce a cualquier lector desprevenido a suponer que para los chilenos de hoy todo el vasto y múltiple universo se reduce a una alcoba.

Y nada más lejos de la realidad. Y contra tal supuesto, de indisimulado propósito taquillero, ha reaccionado oportunamente Guillermo Blanco en su novela romántica. En sus páginas fulgura el milagro del amor legítimo, puro, inmarcesible, no contaminado, ese amor que generalmente es sólo una esperanza y que, cuando se concreta, parece que eleva la condición humana al nivel de los dioses.

El tema no es nuevo y repite una consabida experiencia dual: dos jóvenes, que se conocen en la playa, se sienten recíprocamente atraídos por una fuerza misteriosa; pero a su unión se oponen intereses creados, víctimas de los cuales ella muere. Este argumento, que expuesto en su línea gruesa suena a novela rosa, está desarrollado gradualmente con sutil delicadeza y con hondas calas psicológicas por el autor. Escrito en primera persona del singular, los hechos —y no las palabras— empiezan a desfilar frente al lector, quien se siente subyugado por ellos en virtud de su cabal autenticidad. El escenario es un despoblado balneario, frente a “la inmensidad líquida del mar”, y los intérpretes —Gabriel, su padre, Gracia, Morán, Max, etc.— son todos seres de carne y hueso, humanos en cada uno de sus gestos, más que personajes, personas. Los retratos están vistos desde su propia psicología y, aun cuando ésta es una zona de material ondulante y casi inasible, que a menudo cambia de coloración, se siente que Guillermo Blanco, en cada apunte, está dando justamente en el blanco.

En esta historia el sexo apenas si aparece, y no porque participen seres asexuados, sino porque se trata de una novela de amor y adolescencia, cuyos protagonistas están en la edad en que comúnmente se ama en forma platónica. La obra, así, sólo capta la parte afectiva, la que está en la cúspide, rodeada de aire puro, por encima de todos los otros turbios materiales que forman el amor, ese fenómeno de tan infinitos efectos, aunque básicamente sólo enderezado a preservar la supervivencia de la especie.

La novela, pese a que desarrolla un argumento lineal, sin revoltura de tiempos ni de enfoques, según la moda, semeja un poema, un noble poema que al final deviene en tragedia. La súbita muerte de la heroína está registrada así: “La vida se le fue, igual que se desprende el último trozo de neblina de una cumbre”.

En cuanto a la forma, *Gracia y el Forastero* revela palmariamente a un escritor con oficio, uno de los pocos de las últimas promociones, don-

de tanto abundan los improvisadores, esos que creen de buena fe que es posible llegar a la literatura sin pasar por la cultura. Guillermo Blanco domina el idioma, sabe elegir las palabras, escribe con fluidez y precisión. Su estilo, nada metafórico ni coruscante, tiene un extraordinario poder de comunicación. Tampoco, en ningún pasaje, desciende a las palabrotas de extramuro, ésas que también están de moda y que, pese a la rotundidad que persiguen, sólo demuestran impotencia verbal. Blanco, a lo largo de las 230 páginas de su narración, da un ejemplo de buen decir.

Por todo ello, la Academia Chilena de la Lengua ha exaltado su novela *Gracia y el Forastero* y tácitamente le ha conferido el carácter de modelo, un modelo de buen castellano digno de ser gustado por quienes, para remontar su espíritu, se interesan por el curso de las bellas letras.

EDMUNDO CONCHA

GONZALO DRAGO: CUENTOS ESCOGIDOS. Santiago, Ediciones Oeste, 1965.

Gonzalo Drago es uno de los integrantes de la Generación del 38, nacida bajo el signo populista de aquellos años y, por eso mismo, comprometida en la deificación de la clase obrera. La musa de estos escritores es un operario cesante y sobrecargado de prole. Nicomedes Guzmán fue quien llevó más lejos esta proclividad, al punto de que en cualquier gañán de extramuros veía, sin más, el "David" de Miguel Ángel.

Queda dicho así que esta generación fue esencialmente sentimental y romántica. No manejaba ideas sino corazonadas. La mayoría de sus componentes no participó en política y se sumó a los afanes de cambio de esa época sólo con el aporte de una literatura tendenciosa que exalta fundamentalmente a personas de paupérrima situación. Los héroes suyos son generalmente tipos fornidos, enterizos y valientes, o sea, míticos, si se está informado de que esa gente consume apenas dos tercios del total de calorías diarias que normalmente requiere el organismo humano.

Todos estos rasgos están presentes en los libros de Gonzalo Drago. Por fortuna, y dado que los mejores sentimientos suelen prohiñar la peor literatura, amor tan indiscriminado por el pueblo, no alcanza a malograr las páginas de este autor. Y ello porque, a despecho de los intereses extraliterarios, él es intrínsecamente un artista, esto es, un hombre con ojos de ángel para ver el mundo y sus criaturas, con algo de santa inocencia en las pupilas, privilegio que la Naturaleza otorga muy de tarde en tarde a algunos de sus seres escogidos.

La obra de Gonzalo Drago, compuesta a lo largo de 25 años, cuenta ya con 5 volúmenes, reveladores todos de un narrador instintivo, de esos que presentan personajes vivos y destacan en ellos menos sus móviles que sus acciones, es decir, sin enredarse en los hilos sutiles y entrecruzados de una psicología que sólo es tinta sobre papel. Ahora agrega él otro tí-